La casa de papel
Carlos María Domínguez

Editorial Periférica
10 páginas. Ebook

Historia de un letraherido

La editorial Periférica reedita *La casa de papel*, una novela corta sobre el amor a los libros y sus consecuencias

Carlos María Domínguez

EDUARDO
LUIS

Prohibido morir aquí
Elizabeth Taylor

Traducción de Ernesto Montequin
Libros del Asteroide
240 páginas, 20,95 euros

Compasión

Elegancia narrativa ante la vejez en *Prohibido morir aquí*, de Elizabeth Taylor

JOSÉ JOAQUÍN
MARTÍNEZ EGIDO

Leemos

«La señora Palfrey llegó por primera vez al hotel Claremont un domingo de invierno por la tarde» (p.7). Así comienza *Prohibido morir aquí* (Libros del asteroide, 2025), publicada por primera vez en 1971, de Elizabeth Taylor (Reading 1912-Buckinghamshire, 1975), que podría mostrarse como el ejemplo perfecto de cómo debe empezar una novela: el estatus de la protagonista, el lugar y el tiempo de la acción y un suspense sobre el hecho en sí, tanto en su antes como en su después.

El hotel Claremont, situado en South Kensington, cerca del Museo de Ciencias Naturales, tiene huéspedes que vienen y van, y huéspedes fijos: residentes, viejos de clase media que optan por un hotel que puedan pagar. Y allí se han sumergido este mes las integrantes de los clubes de lectura de las bibliotecas públicas de Elda, con la colaboración de la Sede Universitaria Elda UA, mediante la lectura de la novela. Pues bien, al Claremont llegó la señora Palfrey, viuda, con una hija que vive en Escocia y con un nieto que trabaja en el British Museum a los que no ve casi nunca. Y allí conocerá al resto de personajes que pertenecen a ese microcosmos de personas mayores con una educación y posición holgadas. El señor Osmond, la señora Arbuthnot, la señora Post, la señora Burton y otros más sirven de telón de fondo para la peripecia que supone la estancia de la protagonista y su relación con Ludo, un joven desclasado que intenta ser escritor («El domingo fue a ver a su querida madre, a esa mujer que parecía ponerle plomo en los zapatos y dejarle un sabor amargo en la boca», p. 192), al que conocerá por casualidad, y con el que se establecerá una estupenda relación formal de ayuda mutua. Este elemento formará el grueso de la trama de la novela. Y de él se desprenderá toda una forma de entender el mundo, desde la comprensión de la vejez hacia la juventud, y del respeto y confianza de esta hacia la vejez.

De forma tradicional hay un narrador omnisciente que, a lo largo de 19 capítulos de parecida extensión, no se sale nunca del registro culto, formal, elegante y educado que cuenta la historia desde el propio presente de los acontecimientos. Y siempre mediante un exacto orden cronológico en el que el pasado solo aparece mediante alguna de las referencias de los personajes o del propio narrador, siempre para situar o entender mejor lo que ocurre en la trama. Elizabeth Taylor construye los personajes mediante una caracterización metonímica, como en el caso de la señora Palfrey: «Había podido ser un hombre apuesto y distinguido y, a veces, cuando se ponía un traje de noche, parecía un general ilustre disfrazado de mujer» (p.8); pero va más allá del estereotipo, porque todos son humanizados, bien por sus comentarios cotidianos, por la forma en que se tratan entre ellos, o bien por la expresión de opiniones sobre los temas más diversos, cuando no las tres posibilidades juntas, lo cual, no hace más que situarlos en una forma de ser y de estar en el mundo. Un ejemplo sería el señor Osmond, uno de los huéspedes, a quien le gusta una mujer porque, en su forma de actuar, lo hace como lo haría un hombre; o cuando demuestra su xenofobia ante los comentarios sobre el acento inglés que tienen algunas personas, bien por su origen geográfico (australianos), bien porque su procedencia social es considerada inferior.

Toda la novela podría encuadrarse en el estilo de la alta comedia, pero sin abusar de los elementos melodramáticos, en una «novela de tacitas» (con permiso de una plataforma de películas y series). De esta forma, en toda ella se produce un perfecto equilibrio entre lo poético, casi cursi, con la realidad tildada con cierto humor socarrón y de denuncia: «La luz iluminó baldosas mojadas, helechos y un cubo de basura, y un hombre joven subió por la escalera a toda prisa» (p.34); «Había decidido que ya no quedaba nadie a quien pudiera interesarle» (p.236); características sublimadas en su final mediante el propio título de la obra.

Y ¿por qué deberíais de leer esta novela? Porque presenta el tema de la soledad y de la vejez de una forma un tanto positiva y realista; porque muestra la desnaturalización de las relaciones familiares frente a lo positivo de las relaciones de amistad intergeneracional; y porque está redactada de forma elegante y formal y eso, en este momento de crueldad que vivimos, no deja de ser una gozada su lectura.